

La caza de tesoros

Por Tania Ixchel Torres Hernández

Las vacaciones de invierno habían llegado y Hana se preparaba para ir a la casa de su abuela. Hacía tiempo que no iba y no se sentía muy cómoda, puesto que hace mucho que no veía a sus primos y no sabía que les gustaba ahora o si habían cambiado.

El viaje duró alrededor de dos horas. En el trascurso, ella se dedicó a escuchar música y a leer. De vez en cuando veía por la ventana para darse una idea de cuánto faltaba para llegar con su abuela. Cuando llegaron a la entrada del pueblo, supo que sólo era cuestión de minutos para estar frente a su familia.

Al llegar al portón que conducía a la casa, Hana se sintió nerviosa, esperaba que sus primos siguieran igual, así se reduciría la probabilidad de que ella dijera algo que no. Rememoró la última vez que los había visto y platicado con ellos, y eso había sido hace cinco años, antes de que se mudaran al extranjero, por el ascenso de su papá.

Mientras bajaba de la camioneta inspeccionó el lugar, nada había cambiado; la casa seguía igual, el camino de piedra que conducía al umbral de la casa seguía rodeado de pasto, los matorrales que rodeaban la estructura, cortos y bien podados, la verja medio despintada negra, la cual conducía a la parte trasera y la chimenea con hiedra a su alrededor.

Comenzaron a bajar las cosas que habían comprado. Ese día era el cumpleaños de su tío Gabriel y su madre había comprado un cheesecake de zarzamora para la ocasión. Hana sabía que la fiesta se estaba llevando a cabo en el jardín, así que hizo a un lado la reja y junto con sus padres se dirigieron a la parte de atrás.

Cuando hicieron su entrada, los hermanos y hermanas de su madre corrieron a abrazarla, saludaron a su padre y después pasaron a ella. Hana sonreía y saludaba, pero no podía evitar sentirse nerviosa. Para su suerte ese día pasó rápido y sus nervios poco a poco se disiparon.

Los días siguientes fueron una mezcla de todo, se divertía sí, pero a veces se sentía excluida, puesto que no sabía nada de lo que comentaban sus primos y primas. Y un martes, cuando paseaban en bicicleta por el pueblo, Hana se molestó con ellos. Una de sus primas comenzó a bromear con ella acerca de que ahora era una ciudadina, que seguro había olvidado muchas cosas y que parecía un ratón de biblioteca, pues en su equipaje había guardado seis libros.

A partir de ese día, Hana se mantuvo al margen con ellos, porque la broma había terminado en discusión. Así que pasaba la mayor parte del día sentada en el alfeizar interno de su ventana, leyendo. Sin embargo, su abuela al ver la tensión entre ella y sus primos les propuso un juego. Aprovechó que el día era lluvioso y que no podrían salir. Así que les sugirió una caza de tesoros.

La casa era vieja y hace mucho que el ático y el sótano no eran revisados. Sarah la chica que le ayudaba a su abuela a hacer el aseo, limpiaba para que no tuvieran tanto polvo, pero desde hace mucho que nadie revisaba las cosas. Por lo que la abuela de Hana les instó a que buscaran objetos que les agradaran.

Al principio Hana se mostró arisca, ya que Julián uno de sus primos mayores, dijo que decirle a ella era sólo perder el tiempo, puesto que la princesa prefería leer que ensuciarse. Eso le molestó, pero aceptó jugar.

La caza del tesoro comenzó en el sótano, encontraron diversas cajas con ropa de antaño, a sus primas se les ocurrió la idea de disfrazarse y comenzaron a jugar. Hana en cambio se quedó observando las demás cajas y al sacar un vestido que le pareció de los años de 1800, un libro de pasta de cuero cayó y junto a él una pequeña llave. Hana la tomó, parecía de plata. Mientras la inspeccionaba, su prima Kaila se acercó y la invitó a disfrazarse con los demás.

Hana aceptó, aunque no muy convencida. De todos sus primos y primas, Kaila era la más noble y sincera, desde niñas habían sido muy unidas y sólo su partida al extranjero lo había cambiado. Sin embargo, Kaila seguía siendo la misma, aunque más madura y dulce.

El juego continuó un rato más y después de un par de horas subieron al ático, ahí encontraron diversos objetos. Pinturas, periódicos, diversas alhajas, cofres con más ropa, muñecas y libros antiguos.

Después de un rato, la mayoría de sus primos bajaron, pero Hana y Kaila se quedaron ahí. Kaila habló con Hana, se disculpó por el comportamiento de sus primos, ellos sólo no sabían que esperar y cómo era Hana ahora. Hana le comentó que también se sentía así y que intentaría limar asperezas. Ambas rieron y continuaron su búsqueda. Pero cuando dieron las siete, Kaila bajó a cenar, mas Hana se quedó ahí, observando más cosas.

Cuando Hana estaba a punto de bajar, tropezó y se dio cuenta que una de las tablas del piso estaba floja, se agachó y comenzó a retirar una madera, después otra. Y encontró un pequeño cofre. Éste era pesado, pero logró sacarlo, estaba cerrado, entonces recordó el libro y la llave y probó con ellos. Y como si fuera por arte de magia la llave entró en el cofre, Hana se emocionó, giró la llave y lo que encontró la fascinó

.

En el cofre había un vitral pequeño, su diseño era de flores, un collar de esos antiguos que en lugar de cadenas usaban listones, pero lo que más le emocionó fue el dije, éste era una rosa. Y lo último que halló fue una caja musical. Su estado era vetusto, y con algo de polvo, pero aún podía distinguirse el color, ésta era de color café oscuro, y al abrirla, una suave melodía comenzó a flotar en el aire.

Hana tomó las cosas y las puso en el cofre, bajó con su familia y mostró su descubrimiento. Su abuela se acercó y le dijo que se alegraba de que la caza de tesoros hubiera funcionado, Hana le agradeció y le preguntó que si sabía a quién pertenecía todo aquello, su abuelo sólo le contestó que para saberlo debía leer el diario que encontró...